

## *Santos y difuntos*

Son dos cosas distintas. Los santos son aquellos hermanos nuestros que ya están en el cielo, gozando de Dios para siempre. Los difuntos son aquellos hermanos nuestros que, terminada la etapa de la tierra, todavía no han llegado al cielo y viven un periodo de purificación antes de gozar de Dios eternamente. Pero siendo realidades distintas tienen en común el horizonte en el que se sitúan: la vida eterna, el más allá de la muerte, la meta a la que todo ser humano camina. La Iglesia lo celebra en los primeros días de noviembre, y nos invita a detenernos ante este paisaje esperanzador.

En primer lugar, los santos. Todos los santos. A lo largo del año los vamos celebrando uno a uno. En esta fiesta –la de todos los Santos– se trata de ver el conjunto precioso de la vida cristiana, vivida en plenitud por tantos hombres y mujeres a lo largo de la historia. Son innumerables, millones y millones de personas de todas las edades, de todos los estados de vida, en todas las circunstancias. Todos tienen en común que han sido salvados del pecado por la muerte redentora de Cristo y por su gloriosa resurrección y han sido llevados a la nueva vida, que brota del agua y del Espíritu Santo en el bautismo, donde somos hechos hijos de Dios.

Los santos son nuestros hermanos mayores, que nos enseñan el camino de la vida, que nos enseñan a vivir en plenitud, que nos recuerdan que nuestra única vocación es la santidad, vivir según Dios. Ellos interceden por nosotros y nos hacen levantar la mirada al cielo para contemplar el paisaje de una vida vivida desde Dios y para los demás. Probablemente entre esa muchedumbre innumerable se encuentran familiares y amigos nuestros, que quizá nunca sean canonizados (porque es imposible canonizar a todos los que son santos), pero que nos han hecho el bien con su testimonio de vida y continúan siendo nuestros bienhechores desde el cielo.

Qué bonita es la Iglesia, la familia de los hijos de Dios, y qué gran regalo pertenecer a esta gran familia. Muchas veces se airean los trapos sucios de la Iglesia, los pecados de sus hijos. La fiesta de todos los santos nos invita a considerar que el balance es altamente positivo, cuando de este barro humano, a veces fango y siempre frágil, Dios es capaz de sacar personas tan ejemplares y que tanto bien han hecho a la humanidad como son nuestros hermanos los santos.

Y junto a los santos, los difuntos. Son todos aquellos hermanos nuestros que, en la etapa del purgatorio, se purifican de todos sus egoísmos para ver a Dios con ojos limpios y poder saciarse de su presencia. Ellos nos recuerdan que sólo los limpios de corazón podrán ver a Dios y que los egoísmos más escondidos deben ser sanados por el amor misericordioso de Dios. Los sufrimientos y las penas de esta vida terrena nos ayudan a esta purificación, que de no haberla alcanzado a la hora de la muerte, nos tocará sufrirla más allá en el purgatorio. Nuestro amor fraterno y solidario, el que brota de la caridad de Cristo, puede ayudar a nuestros hermanos difuntos con nuestras oraciones y sufragios, más que con tantas flores y perifollos fúnebres. A lo largo del mes de noviembre somos invitados a recordar especialmente a nuestros difuntos y a ofrecer por ellos nuestras buenas obras unidas al sacrificio redentor de Cristo.

Santos y difuntos llenan el mes de noviembre. Unos y otros nos hablan del cielo, nuestra patria, nuestra meta. Ese deseo del cielo y la esperanza que nos infunde es el motor principal de una renovación de nuestra vida para vivir en santidad y justicia todos los días de nuestra vida.

Con mi afecto y bendición:

+ *Demetrio Fernández, obispo de Córdoba*